

tisterio. En este mismo año establecieron los anziatos una colonia en Sutrium, y reedificaron la ciudad destruida por los latinos. En Roma se concluyó un tratado con los legados de Cartago, que habían venido á pedir alianza y amistad. La misma tranquilidad continuó reinando dentro y fuera bajo el consulado de T. Manlio Torcuato y de C. Plaucio. Redújose á la mitad el interés fijado en el uno por ciento, y se decretó que las deudas se pagarían en cuatro plazos iguales, el primero al contado y los restantes en tres años; y á pesar de que este arreglo fuese oneroso todavía para una parte del pueblo, el respeto á la fe pública mereció más consideración al Senado que el malestar particular. Mucho alivió á la ciudad el aplazamiento de levás y tributos. Tres años después de la reedificación de Sutrium, por los volscos, recibióse del Lacio la noticia de que legados anziatos recorrían las ciudades latinas para sublevarlas; y sin esperar á que aumentase el número de enemigos, M. Valerio Corvo, elegido por segunda vez cónsul con C. Petelio, recibió orden de hacer la guerra á los volscos, y marchó hacia Sutrium, al frente de temible ejército. Los anziatos y demás volscos que estaban allí preparados para operar al primer movimiento de Roma, salieron á su encuentro; y entre pueblos animados por odios tan antiguos, no tardó en trabarse el combate. Los volscos, que eran más ardientes que hábiles en la pelea, quedaron vencidos; en derrota llegaron á los parapetos de Sutrium; y como no confiaban mucho en las murallas de la ciudad, cuando las vieron rodeadas de tropas, próxima á ser escalada y tomada, rindiéronse en número de cuatro mil soldados y multitud de habitantes desarmados. La ciudad fué demolida y quemada, respetando el fuego únicamente el templo de Matuta Madre. Concedióse al soldado todo el botín, exceptuando los cuatro mil hombres que se ha-

bían rendido: el cónsul les llevó encadenados delante de su carro triunfal, vendiéndoles después y entregando el precio, que fué considerable, al Tesoro público. Pretenden algunos escritores que todos aquellos prisioneros eran esclavos, y esto es más verosímil que haber vendido soldados rendidos.

Sucedieron á estos cónsules M. Fabio Dorso y Ser. T. Sulpicio Camerino. Una invasión repentina de los austrucos hizo temer que este acto de un pueblo solo estuviese aconsejado por toda la confederación latina; y como si se encontrase ya en armas el Lacio, creóse dictador á L. Furio, quien nombró jefe de los caballeros á C. Manlio Capitolino. Después de proclamar la vacación de negocios, según costumbre observada en las grandes alarmas, hizo la leva sin exceptuar á nadie, y las legiones marcharon apresuradamente contra los austrucos, que más eran merodeadores que enemigos. El primer encuentro decidió la victoria. Sin embargo, como ellos mismos habían traído la guerra y no habían vacilado en presentarse al combate, el dictador, creyendo que le serian inútiles los socorros de los dioses, durante la pelea votó un templo á Juno Moneta: obligado por este voto, regresó en triunfo á Roma y abdicó la dictadura. El Senado acordó la creación de duunviros para que cuidasen que aquel templo fuese digno de la majestad del pueblo romano, y se destinó para la construcción en la fortaleza el terreno que ocupó la casa de M. Manlio Capitolino. Aprovechando los cónsules para combatir á los volscos el ejército del dictador, atacaron al enemigo que estaba desprevenido y le arrebataron Sora. El templo de Moneta fué dedicado al año siguiente del en que se votó, siendo cónsules C. Marcio Rutilo y T. Manlio Torcuato, éste por segunda vez y aquél por tercera. A esta dedicación acompañó un prodigio muy parecido al antiguo del monte Albano, porque cayó una lluvia de

pedras y se obscureció la luz del día. Consultados los libros, como dominaba en la ciudad religioso terror, el Senado creyó deber nombrar un dictador para que celebrase las ferias. Nombraron, pues, á P. Valerio Publicola y le dieron como jefe de los caballeros á Q. Fabio Ambusto. No se contentaron con enviar las tribus en rogativas solemnes, sino que llamaron también á ellas á los pueblos vecinos, designando el puesto y el día en que debían asistir. Dícese que aquel año hubo algunas sentencias crueles del pueblo contra los usureros demandados ante él por los ediles. En fin, hubo también un interregno cuya causa no se conoce; cesando, y esto podría indicar su objeto, con la creación de dos cónsules patricios, M. Valerio Corvo por tercera vez y L. Cornelio Cosso.

Vamos á ocuparnos ahora de guerras más importantes, tanto por las fuerzas del enemigo, como por el alajamiento de su teatro y el tiempo de su duración. En este año tuvo lugar la guerra contra los samnitas, nación poderosa por sus riquezas y sus armas. Después de la guerra con los samnitas, por largo tiempo incierta, se tuvo por enemigo á Pirro, y después de Pirro á los cartagineses. ¡Qué empresas tan grandes! ¡Qué terribles peligros se atravesaron antes de que el imperio pudiese levantarse á la grandeza que tanto le cuesta mantener! Extraño fué el origen de la guerra de los romanos con los samnitas, que hasta entonces habían vivido en alianza y amistad; esta guerra no procedió de los samnitas. Comprendiendo este pueblo que era el más fuerte, llevó sin motivo sus armas contra los sidicinos, quienes en su desgracia, obligados á recurrir al auxilio de una nación más poderosa, se aliaron á los campanios. Ayudaron éstos más con su nombre que con sus fuerzas, á sus aliados, enervados por la molición; fueron derrotados en las tierras de los sidicinos por

hombres avezados al manejo de las armas y se atrajeron todo el peso de la guerra, porque dejando á los sidicinos, los samnitas atacaron á los que eran muralla de sus vecinos, á los mismos campanios, cuya conquista debía serles igualmente fácil y que les prometía mucho más botín y más gloria. Habiéndose apoderado de los montes Tifatos que dominan á Capua, y habiéndolos guarnecido con fuerte destacamento, bajaron formando cuadro á la llanura que se extiende entre las ciudades y las montañas. Allí se libró otro combate; los campanios fueron derrotados de nuevo y rechazados á sus murallas, y como había perecido la flor de su juventud y no veían esperanza en derredor suyo, vieron obligados á pedir socorro á los romanos.

Introducidos sus legados en el Senado, hablaron sobre poco más ó menos en estos términos: «El pueblo campanio nos envía como legados cerca de vosotros, padres conscriptos, para que os pidamos en su nombre perpetua amistad y auxilio en este momento. Si esta amistad la hubiésemos pedido cuando nuestros negocios prosperaban, formada más de prisa, hubiese quedado trabada con débiles lazos, porque entonces hubiésemos creído que tratábamos de igual á igual, y siendo amigos vuestros, como lo somos, os hubiésemos estado menos sometidos y menos atentos. Vencidos ahora por vuestra compasión, defendidos por vuestro socorro en nuestros peligros, el agradecimiento por el beneficio recibido será en nosotros un deber, so pena de aparecer ingratos é indignos de toda protección divina y humana. Y á fe mía, si los samnitas han sido antes que nosotros amigos y aliados vuestros, creo que no será razón para que nos neguéis vuestra amistad; á lo sumo, tendrán sobre nosotros derecho de antigüedad, un grado más de honor; porque no se estipuló en vuestras alianzas con los samnitas que no habíais de ajustar otras

nuevas; y en todo tiempo, el solo deseo de ser amigos
 vuestros ha sido para vosotros título suficiente para
 vuestra amistad. Los campanios, aunque nuestra pre-
 sente desgracia nos dexa alabarnos demasiado, no ce-
 den por la grandeza de su ciudad y fertilidad de sus
 campos á ningún pueblo, como no sea el vuestro; y creo
 que no añadirán poco á vuestra prosperidad haciendo
 amistad con vosotros. Si se mueven los eqnos y los vols-
 teos, eternos enemigos de esta ciudad, nosotros estare-
 mos allí sobre sus pasos, y lo que vosotros habréis he-
 cho primero por nuestra salvación, nosotros lo haremos
 siempre por vuestro imperio y vuestra gloria. Cuando
 quedemos dominados, todos esos pueblos que nos sepa-
 ran de vosotros, cosa que no puede tardar mucho, por-
 que responden de ello vuestro valor y fortuna, vuestro
 imperio se extenderá sin interrupción hasta nosotros.
 ¡Cruel y deplorable confesión que nos arranca nuestra
 desgracia! Hemos llegado al caso, padres conscriptos,
 en que nosotros los campanios hemos de pertenecer
 ó en adelante á nuestros amigos ó á nuestros enemi-
 gos. Si nos protegéis, os perteneceremos; si nos recha-
 záis, perteneceremos á los samnitas. Considerad vos-
 otros lo que preferís: ó que Capua y la Campania ente-
 ra se agreguen á vuestras fuerzas, ó que aumenten las
 de los samnitas. Justo es, ¡oh romanos! abrir á todos
 fácil acceso á vuestra misericordia y auxilio, pero es
 especialmente á aquellos que, al conceder á otros un auxi-
 lio que imploraban, han traspasado sus fuerzas y se en-
 cuentran á su vez en igual apuro. Si en apariencia com-
 batíamos por los sidicinos, en realidad era por nosotros
 mismos: habíamos visto un país vecino amenazado por
 el nefando latrocinio de los samnitas y pronto á propá-
 garse hasta nosotros el incendio que devoraría á los si-
 dicinos. Hoy, si los samnitas vienen á invadirnos, no
 es por venganza del ultraje, sino con el regocijo de que

se les haya dado pretexto. Si su invasión tuviese por
 motivo la venganza y no la satisfacción de su avidez,
 acaso no les bastaría la destrucción de nuestras legio-
 nes, primero en los campos de los sidicinos y después
 en los mismos territorios de la Campania? ¿Qué ira tan
 grande es esa que no ha podido calmarla la sangre de
 dos ejércitos? Añadid á esto la devastación de los cam-
 pos, el botín de hombres y ganados, las granjas incen-
 diadas y arruinadas y todo nuestro país asolado por el
 hierro y el fuego. ¿No era esto bastante para satisfacer
 su cólera? Pero es necesario saciar su avidez; ésta es la
 que los lleva á la conquista de Capua: quieren destruir
 esta ciudad tan hermosa ó poseerla. Vosotros, ¡oh ro-
 manos! apoderaos de ella por vuestra generosidad an-
 tes que consentir la dominen por un crimen. No hablo
 de un pueblo que rehuse guerras justas; pero que se pre-
 senten solamente vuestros socorros, y creo que ni si-
 quiera necesitaréis combatir. El desprecio de los sam-
 nitas ha llegado hasta nosotros, pero no ha podido re-
 montar más. La sombra de vuestra protección, ¡oh
 romanos! bastará para ponernos en seguridad; y en ade-
 lante, todo cuanto tengamos, todo cuanto seamos lo
 consideraremos como vuestro. Para vosotros se labra-
 rá el suelo de la Campania; para vosotros se poblará la
 ciudad de Capua; os honraremos al igual de nuestros
 fundadores, de nuestros padres y de nuestros dioses in-
 mortales; ni una sola de vuestras colonias tendrá para
 vosotros más adhesión y fidelidad. Consentid, padres
 conscriptos; conceded á los campanios vuestra divina
 e invencible protección; permitidles esperar la salva-
 ción de Capua. ¿Qué multitud de ciudadanos de todas
 las clases creéis que nos han acompañado á nuestra sa-
 lida? ¿Cuántas lágrimas se han derramado y cuántas
 súplicas se han dirigido á los dioses? ¿En qué ansiedad
 se encuentran en este instante el Senado y el pueblo

campanio, nuestras esposas y nuestros hijos? La multitud permanece en las puertas de la ciudad mirando á lo lejos el camino por donde hemos de regresar, y, seguro de ello estoy, padres conscriptos, esperando angustiada la respuesta que nos encarguéis darle. Una palabra vuestra puede llevarles salvación, victoria, vida y libertad; pero tiemblo al pensar lo que otra palabra vuestra los llevaría. Decidid, pues, si hemos de ser vuestros aliados y amigos, ó perecer.»

Habiéndose retirado los legados, deliberó el Senado: y aunque á los ojos de considerable número, aquella ciudad, la más grande y opulenta de Italia, con sus campos tan fértiles y cercanos al mar, pareció un recurso contra la eventualidad de las malas cosechas y granero del pueblo romano, la buena fe prevaleció sobre aquellas ventajas, y el cónsul contestó á nombre del Senado: «El Senado os juzga dignos, ¡oh campanios! de su protección; pero no debe, al pactar amistad con vosotros, violar amistad y alianza más antiguas. Estamos unidos á los samnitas por un tratado; atacarles sería ofender á los dioses más aún que á los hombres, y por esta razón nos negamos á ello. Pero en conformidad con lo que mandan la justicia y el deber, enviaremos legados á nuestros aliados y amigos para rogarles que nó os hagan violencia.» Al oír esto, el jefe de la legación, según las órdenes recibidas, repuso: «Puesto que no queréis encargarnos de la justa defensa de nuestros intereses contra la violencia y la injusticia, al menos defenderéis los vuestros. Así, pues, el pueblo campanio, la ciudad de Capua, tierras, templos de los dioses, en una palabra, todas las cosas divinas y humanas, os las entregamos, os las damos todas, padres conscriptos, á vosotros y al pueblo romano; si en adelante se nos ultraja, se ultrajará á súbditos vuestros.» Dicho esto, tendiendo todos las manos hacia los cónsules, se

prosternaron llorando en el vestíbulo de la Curia. Conmovidos estaban los patricios por aquel ejemplo de la inestabilidad de los destinos humanos, al ver un pueblo tan rico y poderoso, citado por su lujo y su orgullo, al que antes llamaron sus vecinos en su auxilio, perder la energía hasta el punto de entregarse con sus bienes en poder de otro. Creyóse entonces que no se podía abandonar á los que se entregaban, y que los samnitas obrarían contra la equidad si continuaban atacando un territorio y una ciudad que, por aquella cesión, pertenecían al pueblo romano. Decidióse, pues, que sin dilación se enviarían legados á los samnitas con el encargo de exponer á este pueblo la súplica de los campanios, la respuesta del Senado, fiel á la amistad de los samnitas, y en fin, la cesión hecha á Roma. Debían pedirles á nombre de la alianza y de la amistad que existía entre ellos, que perdonasen á los súbditos de Roma y no entrar como enemigos en un territorio perteneciente al pueblo romano. Si las vías pacíficas no producían efecto, intimarían á los samnitas por orden del pueblo romano y del Senado que respetasen la ciudad de Capua y el territorio campanio.» Habiendo cumplido su misión los legados, el consejo de los samnitas contestó con altivez que continuarían la guerra; y hasta sus magistrados, al salir de la Curia, llamaron delante de los legados á los jefes de las cohortes, y les mandaron marchar en el acto á saquear los campos campanios.

Enterados en Roma del resultado de la legación, el Senado, suspendiendo todos los demás asuntos, envió faciales á pedir reparación á los samnitas, y ante su negativa, les declaró solemnemente la guerra, decretando que inmediatamente se sometiese el asunto á la aprobación del pueblo. Por orden de éste, partiendo de la ciudad los dos cónsules con dos ejércitos, entraron,

Valerio, en la Campania y Cornelio en el Samnium, acampando el uno cerca de los montes Gauros y el otro cerca de Saticula. Valerio fué el primero que encontró á los samnitas, quienes habían previsto que lo recio de la guerra se inclinaria á este lado; además, la cólera les animaba contra los campanios, que tanto se habían apresurado á pedir socorros contra ellos. Al ver el campamento romano, todos á porfía pidieron á su jefe la señal del combate, asegurando que los romanos, al proteger la Campania tendrían la misma suerte que los campanios al proteger á los sidicinos. Valerio, después de probar durante algunos días al enemigo con escaramuzas, dió la señal de la batalla y arengó en breves palabras á sus soldados: «Una guerra nueva, un enemigo nuevo no debe inspirarles temor; á medida que lleven sus armas más lejos de la ciudad, encontrarán pueblos menos aguerridos. No se debe juzgar el valor de los samnitas por la derrota de los sidicinos y de los campanios; fuesen quienes fuesen los combatientes, indispensable era que uno de los bandos quedase vencido. En cuanto á los campanios, más que el esfuerzo del enemigo, les ha vencido su inmoderado lujo, su relajación y su molicie. Y después de todo, ¿qué valen estos dos triunfos de los samnitas en el espacio de tantos siglos, en comparación de tantas grandes hazañas del pueblo romano, que tal vez cuenta desde la fundación de la ciudad más victorias que años? ¿que ha dominado en derredor suyo, por medio de las armas, sabinos, etruscos, latinos, hérnicos, equos, volscos y aruncos? ¿que después de derrotar á los galos en tantos combates, ha concluído por no dejarles otro refugio que el mar y sus naves? Al marchar á la pelea, cada cual debe confiar en su gloria militar, en su valor, y considerar también bajo qué órdenes, bajo qué auspicios se trababa el combate; si su jefe no es más que un excelente

orador, bueno solamente para que se le escuche, valiente en las palabras nada más y sin pericia alguna en la guerra, ó si es hombre que sepa manejar las armas, marchar al frente de las enseñas y arrojar valientemente en medio de la pelea. Deseo, ¡oh soldados! que os guiéis por mis hechos y no por mis palabras, pedidme no solamente órdenes, sino ejemplo. No por la intriga, no por los acostumbrados manejos de los nobles, sino por esta diestra he conseguido tres consulados y toda mi gloria. Hubo un tiempo en que pudo decirse: Eras patricio y descendiente de los libertadores de la patria, y tu familia obtuvo el consulado el mismo año en que Roma tuvo cónsul. Hoy, abierto sin distinción á nosotros patricios y á vosotros plebeyos, el consulado no es, como antes, premio del nacimiento, sino del mérito; y por esta razón, soldados, vosotros también podéis aspirar á los honores supremos. Aunque por la voluntad de los dioses me hayáis dado el nuevo nombre de Corvo, no he olvidado el de Públicola, antiguo de mi familia. Siempre en paz como en guerra, ciudadano en las magistraturas más elevadas como en las más humildes, tribuno ó cónsul, y con el mismo ánimo en todos mis consulados, amo y amaré al pueblo romano. Ahora apremia el tiempo; adelante, y con el concurso de los dioses consigamos juntos completo triunfo de los samnitas.»

Jamás existió general más familiar para el soldado, compartiendo hasta con el más humilde todos los trabajos del servicio. Además, en los juegos militares, en que los iguales luchan en agilidad y vigor, afable y de ánimo igual, vencido ó vencedor, no despreciaba ningún adversario que se presentaba. Era benéfico oportunamente en sus actos; en sus discursos no atendía menos á la independencia ajena que á su propia dignidad; y lo que sobre todo agradaba al pueblo, ejercía

las magistraturas con el mismo espíritu que las solicitaba. Así, pues, el ejército entero, antes de salir del campamento, contestó con extraordinaria alegría á la arenga del jefe. El combate se trabó con igual esperanza en la victoria por ambas partes, cosa que no había sucedido jamás en otras batallas, con mucha fuerza y mucha confianza propias, pero sin despreciar al contrario. Los samnitas estaban ufanos con sus últimas hazañas y con su doble triunfo de los días anteriores; los romanos con sus cuatrocientos años de gloria y con aquella victoria que remontaba á la época de la fundación de la ciudad. Sin embargo, los dos bandos estaban inquietos al tener que luchar con un enemigo nuevo. La batalla reveló bien el espíritu que les animaba, porque se peleó largo tiempo antes que cediese ninguno de los dos ejércitos. Queriendo al fin el cónsul poner en desorden aquel ejército que no podían rechazar por la fuerza, trató, por medio de un ataque de la caballería, deshacer las primeras filas del enemigo. Pero viendo que esta maniobra no producía resultado, y que encerradas en estrecho espacio las turmas se agitaban y giraban sobre sí mismas sin poder abrirse paso, volvió al frente de las legiones, y apeándose del caballo, dijo: «Este asunto, soldados, nos pertenece á los peones. Adelante, y á medida que me veáis avanzar y abrir camino con el hierro en las filas enemigas, obrad como yo y derribad cuanto encontréis delante. Esa llanura, en la que en este momento brillan tantas lanzas, vais á verla muy pronto aclarada y barrida por la matanza.» Así habló el cónsul, y por orden suya, replegándose los jinetes á las dos alas, dejan libre á las legiones el paso del centro. El cónsul ataca delante de todos al enemigo, derribando á cuantos la casualidad pone á su alcance. Inflamados por el ejemplo, los soldados, á derecha é izquierda, cada uno delante de sí, traban memo-

orable lucha. Los samnitas resisten, pero reciben más daño que hacen. Batiéndose estaban ya mucho tiempo, y había extraordinaria matanza en derredor de las enseñas de los samnitas, sin que ninguno huyese, tan empeñados estaban en que no les venciese más que la muerte; pero conociendo los romanos que comenzaban á flaquear sus fuerzas y que ya quedaba poca luz, arrebatados por la ira cierran con el enemigo. Entonces retrocede éste y se prepara á huir; en el acto se coge y se mata al samnita, y pocos habrían escapado si la noche no hubiese puesto término á la victoria, que ya no era combate. Confesaban los romanos que nunca habían luchado con enemigo más obstinado; y los samnitas cuando les preguntaban por qué siendo tan resistentes habían huído, contestaban: «Que les pareció ver encendidos los ojos de los romanos, y que tuvieron miedo de sus rostros de locos y de sus furiosas bocas.» Y este terror lo confesaron no solamente por el resultado del combate, sino que también por su retirada nocturna. Al siguiente día se apoderaron los romanos del campamento abandonado por el enemigo, y la multitud de los campanios acudió para darles gracias. Pero muy poco faltó para que la alegría de esta victoria desapareciese ante una catástrofe en el Sannium. Porque el cónsul Cornelio, habiendo partido de Saticula, internó imprudentemente su ejército en un desfiladero que se abría sobre un valle profundo, ocupado en todo su rededor por el enemigo, y solamente cuando era ya imposible la retirada vió al enemigo en las alturas. Mientras los samnitas esperan á que todo el ejército bajase al fondo del valle, el tribuno militar P. Decio vió en el desfiladero una colina elevada que dominaba el campamento enemigo, y cuyo acceso, demasiado rudo para soldados cargados de bagaje, era fácil para tropas ligeras. En consecuencia de esto, dirigiéndose

al cónsul asustado le dijo: «A Cornelio, ¿ves aquella eminencia que domina al enemigo? Aquella montaña que los samnitas han tenido la ceguedad de descuidar será la trinchera de nuestras esperanzas y de nuestra salvación si nos apoderamos en seguida de ella. Dame solamente los príncipes y los hastatos de una legión; cuando haya subido con ellos á la cumbre, avanza sin temor y ponte en seguridad con el ejército; porque teniendo al enemigo á nuestros pies y como blanco de nuestros golpes, no podrá moverse sin perderse. En cuanto á nosotros, nos sacaré del empeño la fortuna del pueblo romano ó nuestro valor.» Alabado por el cónsul y con la fuerza pedida avanza con ellos cubierto por las malezas, no viéndole el enemigo hasta que estuvo muy cerca del sitio que quería ocupar. La sorpresa y el terror de los samnitas, fijos todos en él, dió tiempo al cónsul para llevar al ejército á terreno mejor, estableciéndose él en lo alto de la colina. Los samnitas, volviendo las enseñas primero á un lado y luego á otro, dejan escapar dos ocasiones: no pueden ya perseguir al cónsul á menos de penetrar á su vez en aquel valle, donde antes le tenían expuesto á sus dardos, ni hacer subir á sus tropas á aquella altura que ocupaba Decio encima de ellos. Pero la cólera les impulsa preferentemente contra los que les han arrebatado la probabilidad de la victoria, excitándoles la proximidad y el corto número de enemigos; en tanto quieren rodear por todos lados la colina para separar á Decio del cónsul; en tanto imaginan dejarle el camino expedito, con objeto de que baje al valle, donde le exterminarán. En estas vacilaciones les sorprendió la noche. Decio tuvo al principio esperanza de que subiesen hacia él y de poder bafirles desde su elevada posición; pero muy pronto comenzó á extrañar no verles, ni arriesgar el ataque, ni al menos, si les detenía la desventaja de posición, ro-

dearse de fortificaciones y parapetos. Entonces, llamando á los centuriones, les dijo: «¿Qué ignorancia de la guerra y qué pereza! ¿Cómo han podido esas gentes vencer á los sidicinos y á los campanios? Mirad sus enseñas; las llevan de derecha á izquierda, entran y salen y ninguno piensa en poner mano al trabajo, cuando podríamos estar rodeados ya de una trinchera. Tan insensatos seríamos como ellos si permaneciésemos aquí más tiempo del que nos conviene. Venid, pues, conmigo; aprovechemos lo que queda de día para reconocer dónde han colocado su guardia y si tenemos alguna salida.» Cubierto con la túnica del soldado, y haciendo que los centuriones que le acompañaban tomasen traje de manipularios, para que el enemigo no comprendiese que hacían un reconocimiento los jefes, lo observó todo en derredor.

En seguida colocó centinelas é hizo dar á todos los demás esta consigna (tessera) (1). «Cuando la bocina anuncie la segunda vigilia, los soldados se reunirán armados en derredor suyo.» En cuanto, obedeciendo la orden, se reunieron silenciosamente, les dijo: «Necesarios es, soldados, que guardéis ese silencio escuchándome y prestando de toda aclamación militar. Cuando haya expuesto mi pensamiento, los que lo aprueben pasarán

(1) La *tessera* era una tablilla de madera en la que se escribía la consigna. Al ponerse el sol, antes de colocar las guardias, el tribuno la entregaba á un soldado (que tomaba el nombre de *lesserarius*), quien la hacía correr de fila en fila, de manera que volviese antes de la noche al tribuno que la había dado. Servíanse especialmente de este medio para dar á conocer á un cuerpo de ejército las órdenes del jefe, cuando se encontraba en observación el enemigo, cuya atención podía atraer la señal dada con la bocina. Había dos clases de *tesseras*; unas servían para el uso que acabamos de explicar, las otras se distribuían á los soldados y les servían para reconocerse en el combate.

sin ruido á mi derecha y seguiremos la opinión del mayor número. Ahora, oíd mi proyecto. No hemos venido huyendo á este punto donde nos rodea el enemigo, y tampoco permanecemos en él por cobardía; por vuestro valor os habéis apoderado de él, y con vuestro valor es necesario salir. Al venir aquí habéis salvado un hermoso ejército al pueblo romano; al salir de aquí os salvaréis vosotros mismos. Sois dignos de elogio cuando en tan corto número habéis socorrido tan bien á tantos hombres y por no necesitar para vosotros al socorro de nadie. Tenemos que habérmolas con un enemigo que pudo ayer destruir al ejército entero y no se le ocurrió aprovechar su fortuna; que no comprendió la ventaja de esta colina que amenaza su cabeza hasta que nos vió en ella; que á pesar de nuestro corto número, con sus millares de hombres no pudo impedirnos que subiésemos, ni cuando nos apoderamos de la posición aprovechar todo el día que le quedaba para encerrarnos por medio de una trinchera. Cuando de esta manera os burlabais de él, veía claro, vigilaba; ahora que está dormido es necesario, más aún, es indispensable que le burléis también. Porque tal es nuestra situación, que antes que aconsejaros os muestro una ley de la necesidad. En efecto, no se trata ahora de deliberar si debemos quedarnos ó partir, ahora que la fortuna solamente os ha dejado las armas y el valor que sabe aprovecharlas; ahora que moriríamos de hambre y de sed si temiésemos el hierro más de lo que deben temerlo los hombres, y sobre todo los romanos. Así, pues, no podemos salvarnos más que partiendo de aquí; y es indispensable que esto sea de día ó de noche. Ahora bien: este último partido es el más seguro; porque si esperamos el día, ¿cómo no temer que el enemigo nos rodee con una trinchera y un foso continuo, cuando, como sabéis, ha cercado ya con soldados la colina? Si, pues, la

noche puede servir para una evasión, esta hora de la noche es seguramente la más favorable. Ya estáis reunidos á la señal de la segunda vigilia y este es el momento en que los mortales están sumidos en el sueño más profundo. Marchando entre esos cuerpos dormidos, nuestro silencio les ocultará el paso; y si despiertan, vuestros repentinos gritos les aterrorarán. Seguidme ahora como ya me habéis seguido; por mi parte, seguiré la fortuna que me ha traído aquí. Los que en este proyecto vean nuestra salvación que pasen á la derecha.»

Todos pasaron y siguieron á Decio, que se dirigía por los intervalos que dejaban las guardias. Ya habían atravesado la mitad del campamento, cuando un soldado, al saltar por encima de los centinelas acostados y dormidos, chocó con un escudo. Al ruido despierta un centinela y empuja al inmediato quien se levanta llamando á los otros, sin saber si es grupo de los suyos ó del enemigo; si es el destacamento que se escapa, ó el cónsul que se apodera del campamento. No pudiendo Decio ocultarse más, manda gritar á los soldados y abate con el miedo aquellos enemigos entorpecidos por el sueño, que no tienen fuerza ni para armarse con presteza, para resistir ni para perseguir. En medio del espanto y desorden de los samnitas, el grupo romano degüella las guardias que encuentra y marcha rápidamente hacia el campamento del cónsul. Aún quedaba algo de noche y podían creerse en seguridad al fin, cuando exclamó Decio: «¡Ánimo, soldados romanos, en todos los siglos se alabarán vuestra marcha á la colina y vuestro regreso! Mas para que pueda contemplarse tanto valor, se necesita la luz del día: indigno sería de vosotros, siendo tan gloriosos, entrar en el campo á favor del silencio de la noche. Permanezcamos quietos aquí esperando el día.» Siguieron el consejo; y en cuanto amaneció, envió al cónsul un mensajero que excitó inmensa alegría en el

campamento: por medio de una tessera se anuncia al ejército la salvación y regreso de aquellos que, por la salvación de los demás, habían expuesto su vida á peligro cierto. En seguida todos á porfía salen á su encuentro, les alaban, les felicitan, les llaman separadamente y á todos juntos sus salvadores; glorificase y danse gracias á los dioses; levántase al cielo á Decio, que recibe en el campamento una especie de triunfo; avanzando entre las filas al frente de sus soldados armados, trayéndose todas las miradas y todos los aplausos del ejército, que igualaba al tribuno con el cónsul. Al llegar al pretorio, el cónsul mandó tocar la bocina para que se reuniese el ejército, y comenzaba un digno elogio de Decio, cuando este mismo le interrumpió invitándole á disolver la asamblea, diciendo que era necesario suspender todo asunto, mientras se tenía en la mano la ocasión. Decidió, pues, al cónsul á atacar al enemigo, turbado toda vía con la alarma de la noche y disperso por grupos en derredor de la colina. «Muchos también, añadió, enviados en persecución mía, deben vagar aquí y allí en el desfiladero.» Las legiones reciben orden de empuñar las armas; salen del campamento, y como, gracias á los exploradores, se conocía mejor el terreno, marchan por mejor camino hacia el enemigo. Atácanle de improviso; los soldados samnitas, desparramados por todos lados, y la mayor parte sin armas, no pueden reunirse, ni armarse, ni refugiarse detrás de sus empalizadas; asustados, son rechazados hacia su campamento, y el campamento mismo, cuyas guardias se aterraron, cae en seguida en poder de los romanos. El grito de los romanos cundió en derredor de la colina y dispersó á todas las guardias que la ocupaban; de manera que considerable número cedió el puesto á un enemigo que ni siquiera había visto. Los que el miedo llevó al interior de las empalizadas (eran cerca de

treinta mil) fueron exterminados y el campamento saqueado.

Realizado esto, el cónsul reunió el ejército, y no solamente terminó el comenzado elogio de Decio, sino que añadió otras alabanzas por aquella nueva hazaña, y además de los acostumbrados regalos militares, dióle una corona de oro, cien bueyes y además otro extraordinariamente blanco y hermoso con los cuernos dorados. A los soldados que le habían acompañado se les señaló á perpetuidad doble ración de trigo, y por una vez un buey y dos túnicas á cada uno. Después del cónsul, queriendo las legiones recompensar también á Decio, le colocaron en la cabeza entre aclamaciones y aplausos la corona obsidional de musgo, y su destacamento le ciñó otra corona, signo de igual honor. Adornado con estas insignias, sacrificó á Marte el buey blanco y regaló los otros ciento á los soldados que le habían acompañado en su expedición. Las legiones distribuyeron á cada soldado de aquellos una libra de harina y un sextario de vino; ofreciéndose todos estos dones con extraordinaria alegría, en medio de las aclamaciones del ejército, testimonios del universal asentimiento. Otro combate se libró cerca de Suesula, donde el ejército de los samnitas, derrotado por Valerio, habiendo llamado á la juventud más vigorosa de su país, quiso probar fortuna con el último esfuerzo. De Suesula llegaron á Capua correos aterrados y se expidieron jinetes al cónsul Valerio para implorar socorro. En el instante mismo levantaron las enseñas, dejan en el campamento los bagajes bajo la custodia de fuerte guarnición, avanzan apresuradamente, y cerca del enemigo, en territorio poco extenso, pero suficiente para una tropa que solamente llevaba caballos de combate, sin bestias de carga ni bagajeros, se coloca el campamento. Creyendo los samnitas que se iba á librar el combate, se

forman en batalla; pero como nadie acude á su encuentro, avanzan insolentemente sus enseñas hasta el pie del campamento enemigo. En cuanto vieron al soldado en las trincheras, y se enteraron por medio de exploradores enviados en todos sentidos de lo pequeño que era el campamento, de lo que debían deducir lo poco numeroso del enemigo, todo el ejército exclamó que era necesario cegar los fosos, arrasar las empalizadas y penetrar en el campamento, y esta temeridad hubiese terminado la guerra, á no contener los jefes el arrebato de los soldados. Por lo demás, como aquella multitud, tan difícil de mantener durante su permanencia en Suesula, y después esperando el combate, había consumido casi todos sus recursos, discurrieron, mientras el temor tenía encerrado al enemigo, enviar sus soldados á recoger trigo por los campos: entre tanto el romano, que para caminar de prisa no había tomado más trigo del que podía llevar con sus armas, concluiría por carecer de todo. Viendo el cónsul disperso por el campo al enemigo y desguarnecidas sus guardias, arenga en pocas palabras á sus soldados y les lleva al ataque del campamento. Habiéndose apoderado de él al primer grito, al primer asalto, y habiendo perecido mayor número de enemigos en las tiendas que en las puertas y en las empalizadas, mandó reunir en montón las enseñas cogidas. Dejando en seguida dos legiones para guardar y defender lo conquistado, con orden expresa de abstenerse de todo pillaje hasta su regreso y marchando en buen orden hacia los samnitas, cuando la caballería, que había partido delante, había reunido como en una red todas sus bandas dispersas, hizo gran matanza en ellos; porque en su terror no sabían ni á qué señal renunciar, ni si regresarían al campamento ó si huirían más lejos. Tales fueron la derrota y espanto, que llevaron al cónsul más de cuarenta mil escudos; aunque el

número de muertos no fuese tan considerable, y ciento setenta enseñas, además de las que habían cogido en el campamento. En seguida regresaron al campamento enemigo y se entregó todo el botín á los soldados.

El resultado de esta campaña llevó á los faliscos, que solamente disfrutaban de una tregua, á pedir un tratado al Senado y á los latinos, que acababan de levantar tropas contra Roma, á volverlas contra Peligno. La fama de estas hazañas traspasó los límites de Italia, y los cartagineses enviaron legados á Roma para felicitarla y regalarla una corona de oro, con objeto de que fuese colocada en el Capitolio, en el santuario de Júpiter; aquella corona pesaba veinticinco libras. Los dos cónsules triunfaron de los samnitas, siguiéndoles Decio con todo el brillo de su gloria y de sus recompensas, y en los rudos cánticos de los soldados no era menos alabado el nombre del tribuno que los de los cónsules. Recibiéronse en seguida legados de Capua y de Suesula; y á ruego suyo, se les enviaron tropas para invernar y rechazar las invasiones de los samnitas. Aquella estancia era funesta ya para la disciplina militar; Capua con sus placeres blandió el corazón de los soldados y les separó del recuerdo de la patria; así, pues, en los cuarteles de invierno formaron el proyecto de arrebatar por un crimen Capua á los campanios, que de la misma manera la arrebataron á sus antiguos poseedores. «Con razón, decían, se volverá contra ellos su propio ejemplo. ¿Por qué este territorio, el más hermoso de Italia, y esa ciudad, tan digna de su territorio, ha de pertenecer á los campanios, que no saben defender ni sus personas ni sus bienes, y no á este ejército victorioso, que ha dado su sudor y su sangre para expulsar á los samnitas? ¿Es justo que los súbditos disfruten de un territorio tan fértil y delicioso, mientras que ellos, fatigados con la guerra, continuarán luchando en los

alrededores de Roma contra un suelo árido y pestilente, ó en la misma Roma contra un mal persistente y que aumenta de día en día, como es la usura?» Estos proyectos agitados en reuniones secretas y que todavía no habían traspasado al exterior, fueron descubiertos por el nuevo cónsul C. Marcio Rutilo, á quien había tocado en suerte la provincia de Campania y que había dejado en Roma á su colega Q. Servilio. Habiendo sabido por los tribunos cómo se habían formado aquellas tramas, y aleccionado por la edad y la experiencia (porque era cónsul por cuarta vez y había sido dictador y censor), creyó que el mejor partido para impedir la ejecución de aquel proyecto sería dejar á los soldados la esperanza de realizarlo cuando quisieran y enfriar así su ardor. Con este objeto difundió el rumor de que al año siguiente pasarían también el invierno en los mismos puntos; porque se encontraban repartidos en los diferentes pueblos de la Campania, y desde Capua se había extendido la conjuración por todo el ejército. Con más espacio para sus proyectos, la conjuración se contuvo por entonces.

El cónsul sacó sus tropas á campaña, y no teniendo nada que temer de los samnitas, decidió purgar el ejército despidiendo á los más turbulentos; expulsando á unos so pretexto de que habían cumplido su tiempo de servicio, á otros como demasiado ancianos y poco fuertes, y á otros con licencia, primero uno á uno, después por cohortes enteras, pretextando que no debían pasar el invierno alejados de sus familias y de sus negocios. Alegando también las necesidades del ejército, les dirigía hacia diferentes puntos, desembarazándose así de considerable número. Estos llegaron juntos á Roma, donde el otro cónsul y el pretor pretextaban diferentes motivos para retenerles. Al principio, ignorando que les engañaban, alegrábanse mucho de volver á ver sus

hogares; pero cuando vieron que los que partieron primero no regresaban á las enseñas y que solamente despedían á los que habían invernado en la Campania, y especialmente á los jefes de la expedición, comenzaron por extrañarlo, y después temieron que sus proyectos estuviesen descubiertos. «Ahora tendrían que sufrir los interrogatorios, las delaciones, las ejecuciones secretas y aisladas y al fin la tiranía insolente y cruel de los cónsules y de los patricios.» Estos eran los rumores que difundían en sus reuniones secretas los que habían permanecido en el campamento y que veían aquel haz de la conspiración disperso por el artificio del cónsul.

Una cohorte que se encontraba cerca de Anxur marchó á apostarse cerca de Lantulas, en estrecho desfiladero, entre el mar y las montañas, con objeto de recoger al paso á los que licenciaba el cónsul, como ya se ha dicho, bajo diferentes pretextos. Aquella tropa era ya bastante considerable por el número, y para ser verdadero ejército no le faltaba más que un jefe. Sin orden y saqueando llegaron á territorio albano y se encerraron en un campamento fortificado al pie del declive de Alba Longa. Terminado este trabajo, ocuparon el resto del día en debatir la elección de general, pero no se atrevieron á confiar en ninguno de ellos. «¿A quién podrían llamar de Roma? ¿Quién, patricio ó plebeyo, consentiría de buen grado en exponerse á tan extraordinario peligro, ó á tomar á su cargo, sin hacerle traición, la causa de un ejército que se había comportado con tanta demencia?» A la mañana siguiente, cuando continuaban deliberando sobre el mismo asunto, algunos merodeadores se enteraron en sus excursiones y trajeron la noticia de que T. Quincio se encontraba cultivando sus campos cerca de Túsculum, y allí olvidaba la ciudad y los honores. Este varón, de familia patricia,